

Un deslave de imágenes: una historia que no es historia 2014-2015*

Cuauhtémoc Medina

Museo Universitario de Arte Contemporáneo / Instituto de Investigaciones Estéticas (México)

Resumen

Análisis del modo en que el movimiento de protesta en México a raíz de las desapariciones forzadas y asesinatos de los normalistas de Ayotzinapa está activado por el impacto público de ciertas imágenes, y la creación de un espacio de manifestación pública construido también con imágenes.

Palabras clave: Ayotzinapa, desaparecidos, protesta, México.

Cuando uno critica a su país, uno en realidad se critica a uno mismo

Alejandro García Padilla

Gobernador de Puerto Rico, 24.10.2015

* El autor ha decidido no mostrar las imágenes en este artículo. El texto es una revisión de la Ponencia en el simposio internacional: *La imagen contemporánea: del espacio simbólico como hegemonía al espacio simbólico como problematización*, con los ponentes: Luis Camnitzer, Alfredo Jaar, Mari Carmen Ramírez, Cuauhtémoc Medina, Beatriz Santiago Muñoz. Teatro de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras. Domingo 25 de octubre 2015, 9:00 am. - 6:00 pm. Debido a que este trabajo comenta imágenes accesibles por medios públicos, cuyos derechos de autor son dudosos o complejos, remito al lector a visitar el Internet si requiere consultarlas.

1. Los hechos

El 26 de septiembre de 2014 se produjo una de las violaciones a los derechos humanos más ostentosas del continente, que detonó un episodio de confrontación y protesta en la sociedad mexicana. Las fuerzas de seguridad del municipio de Iguala, en el estado de Guerrero, atacaron con armas de fuego a un centenar de alumnos y activistas de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa, que habían ingresado a la ciudad con la intención de tomar una serie de autobuses comerciales para transportar a los alumnos de las normales rurales a la conmemoración de la matanza de Tlatelolco en la ciudad de México.

Ese “secuestro” de unidades es parte de un curioso *modus vivendi*, donde escuelas que han tenido una politización radical por décadas, sostienen una constante negociación con las autoridades, y un entrenamiento de sus estudiantes como cuadros políticos, mediante acciones que tienen como foco algunos de los símbolos visibles del capitalismo de la localidad. Esta vez la rutina degeneró en una matanza feroz e inédita. Las fuerzas de seguridad de Iguala detuvieron a los estudiantes/activistas con armas de fuego. En enfrentamientos en extremo desiguales,

donde los estudiantes si acaso tenían para defenderse piedras, los policías mataron a seis personas en la calle, incluyendo a los miembros de un equipo de futbol cuyo único error fue estar también en la ciudad a bordo de un autobús. No contentos con la agresión, los supuestos encargados de la seguridad tomaron prisioneros a 43 estudiantes y los hicieron desaparecer sin dejar registro judicial alguno de su detención. Desde entonces, en medio de una crisis política que se desbordó sobre las estructuras del gobierno federal, y que puso fin a la ilusión de modernización neoliberal que prometía el gobierno de Enrique Peña Nieto, los asesinatos de septiembre de 2014, y la desaparición forzada en masa de los normalistas del plantel de Ayotzinapa, levantaron una crisis política y moral. Este que es, sin duda, el mayor crimen político ocurrido en México desde la sangrienta represión del movimiento estudiantil de 1968, ha devenido también en una crisis profunda de la noción de justicia y de verdad.

El caso ha revelado la monstruosa ineficacia e indiferencia judicial en que vive el país, que pasa por un período desquiciantemente paradójico, de supuesto relativo crecimiento económico, añadido a una brutal ampliación de las desigualdades y la inseguridad. Tenemos una combinación característica de nuestro tiempo donde la reconversión liberal convive con la industrialización de las fosas comunes y el creciente recurso a la violencia por el control del territorio, y donde la inversión extranjera en maquiladoras desarrolla en torno suyo tierras de muerte, feminicidios y la identificación de desempleo laboral y asesinato. La rutina de una degradación formidable, que resumen muy claramente las cifras proporcionadas en octubre de 2015 por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas, al tratar de representar la crisis de derechos humanos de México como auténticamente excepcional, en relación a un país que, nominalmente al menos, no está en guerra:

Para un país que no se encuentra en medio de un conflicto, las cifras calculadas son, simplemente, impactantes: 151.233 personas asesinadas entre diciembre de 2006 y agosto de 2015, incluyendo miles de migrantes en tránsito. Desde 2007, hay al menos 26.000 personas cuyo paradero se desconoce, muchas posiblemente como resultado de desapariciones forzadas. Miles de mujeres y niñas son abusadas sexualmente o se convierten en víctimas de feminicidio. Y prácticamente nadie ha sido condenado por dichos crímenes. (Zeid Ra'ad Al Hussein, 2015)

¿Qué gota colma un vaso? ¿Cómo pueden cuatro decenas de jóvenes tomar sitio, rostro, peso, en medio de esta formidable aritmética de la indiferencia? En gran parte, porque su caso fue activado por el peso infinito de algunas imágenes. Como ocurre en forma creciente en las agitaciones del cuerpo social del presente, la imagen aparece en el caso de los Normalistas de Ayotzinapa como agente de la evidencia absoluta y del dolor interminable. Estas notas quieren explorar algunas aristas de ese rol histórico, no porque haya lección que sacar de lo que, finalmente, es una imparable desgracia, sino por el modo característico en que una cierta politización del afecto, ocurre hoy por hoy por la mediación de toda clase de batallas de las imágenes.

2. Un signo subrayado por su tachadura

La primera imagen es terrible hasta un punto ingobernable, tanto que voy a mostrarla únicamente velada, neutralizándola lo suficiente para hacer posible reflexionarla. En efecto, se trata de una imagen cuyo propósito evidente es aniquilar la voluntad y el pensar, al sepultar a sus espectadores en un vértigo de terror insoportable. Lo interesante es que, en el caso de la reciente crisis mexicana, ese resultado esperado devino en un escándalo inesperado.

Cuando aún no se disipaban las señales de la violencia del día del crimen, entre las 11 de la noche y la medianoche del 26 de septiembre, empezó a circular por la web imagen de un sexto cadáver, marcado por un desfiguramiento intolerable. Tirado a la vista de todos en la calle, precisamente dispuesto para que fuera constatado como un signo legible, los asesinos habían dejado en un callejón de Iguala el cuerpo de un estudiante despojado del rostro. La imagen de este desollado, su mirada emergiendo de un amasijo de huesos y sangre, pasó súbitamente a un lugar cuyo nombre adquiere en este caso un valor irónicamente insultante: el “Facebook.” Ciertamente, este “Libro de caras”, se había convertido en alojo de un rostro sin rostro, y en un sitio que había sido diseñado y que él había usado para el intercambio de banalidades y flirteos, fue que su mujer, madre de un bebé de dos meses, Melissa Mendoza, lo reconoció expuesto en una morgue virtual e impúdica. Las declaraciones de Marissa a la prensa al ver el cuerpo de su marido tienen aristas sensibles que es necesario registrar en todo su estruendo:

En el Internet, en Facebook, subieron varias fotografías, entre ellas, pues la de Julio César. Entonces, como yo conozco su ropa, conozco parte de su cuerpo y todo, descubrí que era él. (...) Sentí mucha tristeza de que ya no volvería a ver a Julio César y se me vinieron muchas imágenes, así como si yo hubiera estado con él en el momento en que le hicieron eso, de que le quitaron la cara completa, vivo, torturándolo de la manea más cruel, porque ni siquiera tenía impacto de bala, solamente tenía muchos golpes, en la parte del pecho, la cintura, las manos”, dijo. (Arteaga, 2014)

Un ver excedido de ver; un cuerpo deformado para convertirlo en un disparador de “muchas imágenes.”

Esta imagen imposible de ver y de no ver, cuya autoría no ha sido reclamada en absoluto (el asesinato y mutilación, tanto como las fotografías del cuerpo) atravesó los últimos días de septiembre de 2014 las mentes y cuerpos de quienes lo vimos en toda clase de sitios de la red, en una operación paradójica: tocó a Julio César Mondragón, el estudiante desollado, poner rostro a los millares de víctimas sin rostro, y movilizar a la sociedad para, finalmente, querer reponer alguno de esos rostros deslavados. Hay innumerables actos, mantas, dichos, contra-imágenes, que en un modo u otro tratan de reparar simbólica y políticamente ese rostro arrebatado. De modo frecuentemente autoconsciente, elaborado en mantas y murales, el agente de la protesta se ha pensado como reposición de ese rostro vacío: como la nueva “cara” a llenar el espacio de ese rostro arrebatado, de ese signo ausente. Tan poderosa fue la interpelación de esa imagen.

Lo más duro de pensar son, sin embargo, las condiciones de este signo ominoso: cómo la elaboración de ese signo por demás doloroso devino de la interferencia entre una serie de

sistemas de comunicación que jamás se imaginaron operando en el terreno de lo público. Todavía en junio de 2015 el rostro de Mondragón fue materia de polémica, porque los forenses locales del Estado de Guerrero trataron de explicar su desollamiento como un evento *post mortem* producto de “la fauna nociva que se encontraba en ese lugar”, versión inmediatamente repelida por la indignación de sus familiares, los estudiantes y el movimiento social. (Petrich, 2015) En respuesta a esa indagación, sin embargo, emergió un hecho catastrófico: la serialidad del desollamiento, la multitud de casos donde, en efecto, la marca determinante de un cadáver abandonado en Guerrero y otros estados mexicanos, fue la falta del rostro. La pertenencia a ese gesto de tortura y desfiguramiento al juego de repetición y diferencia de un código de comunicación.

Como ya me ha tocado señalar en otro lado, “Toda muerte tiene un efecto multiplicador. Por eso, las ejecuciones no tienen como único destinatario a la víctima. Son y establecen un perverso sistema de comunicación.” (Medina, 2009, p. 20) Por intolerable que nos resulte, hay evidencias de sobra que dejar cadáveres desollados es una forma más o menos frecuente de mensajería entre, o desde, los grupos criminales que poco a poco han ido controlando las rutas y regiones de ese país ensangrentado llamado México. No se trata de el único mensaje, ni de un mensaje inarticulado, como un grito: quitar el rostro al enemigo es sólo una parte de un repertorio, una letra de un alfabeto abierto, que tiene variaciones regionales, dialectos de grupo, formas imitativas y exclamativas, puntuación, faltas de ortografía y hasta subrayados. Por todas partes en México aparecen día a día cuerpos que, de una u otra manera, operan como signos, como envíos y, digamos, necro-gramas de terror. En muchas ocasiones, en un género que la prensa llama “narcomensajes”, escritos en tela, papel o vinil acompañan, envuelven, sostienen y apuntan cuerpos o pedazos de cuerpos, en una trama comunicacional donde un cadáver es, a la vez, ilustración de un dicho, criptograma de un sobreentendido, o signo de exclamación y emisario. Este flujo continuo de mensajes corporales se extiende, por supuesto, por una variedad de medios de comunicación, siguiendo una lógica que ya hace tiempo José Alejandro Restrepo refirió al explorar las claves de la tradición barroca y contra-reformista de las imágenes, la “gramática de los cuerpos” de la violencia colombiana después de 1950:

Desde el Barroco hasta nuestros días de la ‘Sociedad del Espectáculo’, escribe Restrepo, asistimos al triunfo incontestable de la imagen y al protagonismo del cuerpo con su tremendo poder de seducción de masas.(Restrepo, 2006, pp. 19-21)

Por repugnante que nos resulte, acostumbrados a la hipótesis reconfortante de que los cuerpos de los muertos son emisarios de silencio, esos cuerpos marcados, inscritos, lacerados, mutilados, que los ejecutores lanzan a nuestras calles responden a una lógica convenida, a un código instaurado por su repetición. Quien haya torturado, asesinado y desfigurado a Julio César Mondragón, pretendió dejarlo plenamente expuesto como un artefacto grotesco, como una imagen encarnada que pretendía al menos un doble efecto: canalizar un código para el cual carecemos de la clave, dirigido a otros asesinos, a policías y mafiosos, quizá a los miembros de una mafia u otra, al mismo tiempo que tener un efecto público local: difundir y expandir terror, establecer una territorialidad, definir la soberanía sobre la ciudad de Iguala

que, aparentemente, sin saber exactamente donde se metían, los estudiantes asesinados y desaparecidos transgredieron en cierto modo. La función de estos signos es comunicar y hacer callar. En este caso, si como sostiene el reciente informe del Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (GIEI), de septiembre de 2015, un elemento probable de explicación de la ferocidad del ataque contra los normalistas fue haber secuestrado, sin saberlo, un autobús usado por los narcotraficantes para ser transportado al norte, esta muerte significaba la sanción a una ley absoluta.

Pero ese signo, al ser lingüístico, flota y se reinscribe. Si los estudiantes asesinados y desaparecidos cayeron víctimas de una tragedia derivada de un malentendido asesino (aplicar las técnicas de la protesta política e ideológica, sus protocolos de relación con “el estado de la burguesía”, en un espacio controlado ahora por una mafia hecha gobierno, donde narcotráfico y fuerzas estatales están fusionadas, donde el imperio de la ley ha sido reemplazado por el exhibicionismo constante de la fuerza) recíprocamente, los actos de violencia criminal se transforman bajo una nueva gramática, en un contexto inesperado. Esta víctima/imagen destinada a crear silencio y terror local produjo un resultado expandido: se reinscribe como politización, como indignación, como escándalo, como protesta. Se erige como signo-resumen de un estado de cosas, cuyo estallido desplaza, con sus ondas expansivas, la estructura política-policia entera.

3. Omnivideo

Hemos entrado en una era donde estar insertos socialmente consiste en la omnipresencia del registro electrónico, por la vía del control de nuestras interacciones económicas, espaciales, intelectuales y afectivas a cargo del espionaje electrónico imperial, y de la progresiva transformación del mundo en un set de video interminable. No existe prácticamente acto que no quede, al menos en su sombra, registrado por alguna imagen en movimiento. El resultado de esa hiperconectividad es paradójico: por error logístico, por circularidad tecnológica, o por el contra-espionaje civil, actos de corrupción y violencia y falsificaciones históricas llevadas a cabo por gobiernos y corporaciones quedan continuamente a descubierto en las redes y medios. Ocasionalmente el panóptico atrapa a su propio autor, y los registros de vigilancia, en un efecto que merece ser llamado “de *Watergate*”, devienen en crisis política generalizada. Pueden convertirse en un catalizador político eficaz.

En ese punto es que conviene añadir una segunda imagen, también reinscrita, también llena de recovecos, mucho menos espantosa, pero no menos perversa. Es, por mucho, una imagen mucho más simple: un video de vigilancia que, como sucede alrededor de todo el mundo, captura *in fragranti* no al ciudadano, sino a la autoridad transgresora.

Alrededor del 5 de octubre de 2014, una semana después de la matanza y las desapariciones, los medios de comunicación y las redes sociales emitieron una serie de imágenes fugaces. Es la secuencia que dura unos cuantos segundos de una cámara de video de vigilancia que capta el paso veloz de los vehículos de la policía municipal de Iguala, transportando en sus pick-ups,

a toda velocidad, a algunos de los estudiantes desaparecidos. La imagen delata su carácter remoto y no humano en su movimiento mecánico, el modo brusco en que, accionada a distancia, sigue el paso de las patrullas a toda velocidad. Más allá de los relatos, antes de que los estudiantes atacados o sus dirigentes pudieran empezar a articular su propia (y en ocasiones, compleja y no por ello resbalosa) versión de los hechos, o los padres de los desaparecidos condujeran moralmente al movimiento de protesta, ese video produjo una segunda sacudida. Como si el destino de la fotografía digital no fuera ser manipulable, el video se ha convertido en un testimonio prácticamente irrefutable: su efecto es multiplicar el avistamiento, transformar espectadores en testigos, transportarse como metáfora (nunca más apropiadamente, lanzada más allá del foro) del ojo ciudadano. En el escaso segundo que captó, en efecto, a los estudiantes siendo removidos por la policía, ese video estableció de modo definitivo la responsabilidad de un crimen de Estado: más allá de cualquier alegato legal o político, establece la culpabilidad pública de una desaparición forzada, y de la hecatombe de un derrumbe moral masivo del sistema político partidario.

Lo que hizo especial esa testificación remota, fue su correlato político. Detrás de esos policías municipales que desaparecen a los estudiantes, y probablemente los entregan a los sicarios, estaba un gobierno local emanado de la izquierda partidista. José Luis Abarca, un joyero local, había llegado a la presidencia local de Iguala impulsado por el Partido de la Revolución Democrática (PRD), la organización emergida como resultado del fraude electoral perpetrado con Cuauhtémoc Cárdenas en 1988. De pronto, el partido que había sostenido la hipótesis electoral de la izquierda de los años 1980 a 2000 (que había identificado transición democrática con avance de las causas populares) aparecía de un plumazo, desvirtuado como accesorio de la matanza y como representación de una amalgama de gobierno y mafia. Que Abarca, y su mujer, se hubieran fotografiado con toda clase de políticos, incluyendo el Presidente Peña Nieto, emanado del Partido Revolucionario Institucional, dio el tiro de gracia moral al aparato político en su conjunto, que se había unificado para apoyar las reformas neoliberales de los años 2013, y que en adelante alimentaría el imaginario de la unidad de estado y mafia designada popularmente como “narco-estado”.

A partir de ese imaginario (que, por supuesto, no aparecía sólo radicado en imágenes, sino en palabras, relatos y el odio militante a la policía) se produce una rápida síntesis. No sólo, para horror de quienes proveníamos de una trayectoria socialdemócrata, los militantes de los normalistas agreden en una de las primeras manifestaciones multitudinarias de protesta a Cárdenas y a uno de los principales intelectuales críticos del país, el antiguo trotskista Adolfo Gilly. El *ethos* de las protestas de 2014-2015 oscila entre el escepticismo ciudadano anti-partidista de la franja de una clase media ilustrada desilusionada, y el anarquismo adicto a los estallidos y el choque físico de las masas jóvenes proletarias. Esa mezcolanza, unida a la adhesión del zapatismo a la “digna rabia”, orienta al movimiento de protesta a una constante coalición y fricción entre las agendas de luto social y reivindicación de derechos humanos y las de la expectativa de subversión revolucionaria o, al menos, de desquite social y simbólico. Fractura que, con el tiempo, vendrá a diluir y fraccionar al movimiento de protesta, polarizado

entre los llamados “manifestantes pacíficos” y quienes reivindican como “libre expresión” el choque policiaco. Todo ello azuzado por el uso irresponsable y estratégico de la fuerza, el encarcelamiento de militantes, y la contrainsurgencia de parte de las autoridades nacionales y locales.

En cualquier caso, todo ese proceso acaba condensándose en otra imagen: esta vez en la forma de una acción-texto. El 22 de octubre de 2014, en medio de la excitación de manifestaciones que combinan sectores pacíficos y discursivos con contingentes adictos al choque físico, y bajo la amenaza constante de la represión policial, un grupo entonces anónimo, que hoy se reivindica como parte del colectivo “Rexiste”, monta una acción con pintura y velas en el Zócalo o plaza mayor de la ciudad de México. En una acción coordinada, toman la esquina suroeste de una de las plazas políticas más amplias y significativas del orbe, para escribir en grandes mayúsculas no menos monumentales un slogan enarbolado como juicio ciudadano: “FUE EL ESTADO” (“RexisteMX, 2014). Frase espinosa, productiva y peligrosamente ambivalente, que opera, lo mismo que los normalistas desaparecidos, como un concepto-bisagra, como un significante flotante, como una secuencia fundacional. Pues por un lado especifica, contra la denegación del aparato judicial del estado, la convicción que el video de Iguala ya había asentado: sobre los 43 estudiantes de Ayotzinapa pesa el crimen de Estado por excelencia, el crimen sin prescripción: la desaparición forzada. Pero del otro lado, en una confusión hasta teórica que refuerza la negativa del aparato judicial de realizar una investigación creíble, solidifica la convicción social de que el crimen fue organizado desde por una conjura del más alto nivel, una acción directa de la presidencia y quizá del ejército. Lo convierte, quizá contra la evidencia disponible, en dato que puede poner nuevamente en circulación en círculos amplios de la sociedad la idea necesariamente vaga, políticamente no-especificable, demagógicamente incuestionable, de la supuesta *obligación ética* de la revuelta.

¿Habría alguna alternativa? Quizá seguir en estas frases de expresión de lo inexpresable, lo que en algún momento sugirió Diego Tatián para Argentina: que enunciados como “aparición con vida” y “no matarás” “no son enunciaciones reductivas sino que logran presentar lo impresentable, designar la decantación de un dolor común que de ninguna manera puede decirse sino así.” (Tatián, 2007, p. 83)

4. Objetos y destellos de una ausencia

Con pasos vacilantes (en parte debidos a la dificultad de digerir una experiencia que todavía no se aleja) he tratado de poner en palabras parte del indiscutible impulso que las imágenes pueden tener en activar, por medio de emociones tan diversas como el horror del dolor, el escándalo de la evidencia, y la sutura de la identificación, el cuerpo social.

Con pintura, impresos, proyectores láser, pintas lo mismo que con imágenes proyectadas en la calle. Las marchas y choques que puntuaron la actividad de protesta luctuosa de fines de 2014 e inicios del 2015 han estado habitadas de palabras imágenes y de fantasmas. Los nombres de las calles de la ciudad son sustituidos por nombres alusivos a los desaparecidos y normalistas,

las protestas son activadas por intervenciones con letreros y eslóganes emitidos en láser, y los manifestantes atraviesan el espacio público con efigies de los desaparecidos, lo mismo que con banderas del país teñidas de negro de luto. Hay, además de los cantos y coros, los gritos y “pases de lista”, una constante interferencia de cuerpos-imágenes, actos-letreros, y numerales politizados. Contra lo que supone el sentido común, en esas manifestaciones no había distinción entre realidad virtual y realidad física, en tanto espacio y el llamado hiperespacio. Estaban vinculados en una sola superficie de representación. Uno tiene la sensación de que el espacio físico de la marcha se reduplica en las emisiones de redes sociales, y por tanto la manifestación misma se comporta como la superficie de tránsito fugaz de mensajes electrónicos de la pantalla universal de nuestros teléfonos y computadoras. Se trata de un espacio manifestatario transformado, multiplicado, tecnificado: el correlato de una sociedad donde la vida de los cuerpos y la circulación de imágenes, son flujos ligados por una multitud de mediaciones, y constituidas por la figura del destello.

Esta figura del carácter físico y virtual del proceso agitacional viene a demostrarse en la nueva gramática del monumento. En abril de 2015, a 7 meses de las desapariciones forzadas, el paso de cuerpos y voces no dejó detrás de sí sólo murmullos y reclamos. En total sigilo, mientras la manifestación tenía lugar, un grupo que decidió permanecer anónimo tomó una esquina particularmente notoria del Boulevard de Avenida Reforma para dejar plantado un monumento metálico de tres metros de altura, hecho con acero pintado de rojo. Designado por sus propios autores como un “anti-monumento”, el gesto perpetúa en la vía pública, y sin mediar autorización oficial, el reclamo sintético de las redes sociales. Un signo enmarcado en la síntesis del *hashtag*: “+43” se injertaba en la misma avenida que tiene varios de los monumentos y esculturas más importantes del país, en una avenida que sirve, a su manera, de altar a la historia patria. El injerto metálico, que finalmente ha tenido que ser respetado por la autoridad debido a la presión de ciudadanos e intelectuales por preservarlo, no era un signo mudo: estaba acompañado de un Manifiesto emitido, naturalmente, en el internet, ese laberinto informático que, desdoblado en plaza pública inmaterial, se ha convertido en el hipertexto teórico de todo acto de significación público:

Si un Monumento remite a un acontecimiento del pasado que es necesario aprehender (en latín momentum significa “recuerdo”), el proyecto +43 es la construcción de un Antimonumento porque no aspira a perpetuar el recuerdo, sino a alterar la percepción de que un hecho es inamovible. +43 se define como una protesta permanente de reclamo y de justicia al Estado en el espacio público. +43 quiere ser una llamada de atención a los transeúntes que cruzan cotidianamente la zona. Es un anti-monumento porque es una transgresión y un reclamo al Estado que quiere olvidar -¡Y quiere que olvidemos!- la terrible realidad de violencia cotidiana a la cual él mismo nos somete y que ha cobrado la vida de más de 150,000 personas y ha desaparecido a más de 30 mil +43. (...) +43 es un Antimonumento porque está destinado a ser retirado el día que el Estado esclarezca los más de 150 mil homicidios y presente con vida a las y los más de 30 mil +43 desaparecidos. (Comunicado del Antimonumento, 2015)

No estamos en el terreno del arte, sino en el de las pasiones desbordadas de la escena pública: en un intercambio de rostros siempre atosigado por la posibilidad de que el espectador juzga de pasar a contar como “uno más”. Por supuesto, una movilización no la llevan a cabo una serie de objetos visuales, sino los cuerpos y los signos que atraviesan esos cuerpos. Pero aun así me parece difícil argumentar en contra de que una de las características de las movilizaciones que atraviesan la grave crisis social mexicana de esta década es la constatación de los choques del imaginario visual, y la disputa por hacerse cargo de ese espacio de intervención. La puesta en movimiento de un campo político habitado de efigies fantasma.

Notas

¹ El mejor y más confiable recuento de los hechos lo proporciona el “Informe Ayotzinapa” del Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes nombrado por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

² Refiere la periodista Blanche Petrich:

Esa imagen aterradora empezó a circular en Twitter en horas de la madrugada, antes de que el Ministerio Público de Iguala llegara al lugar donde yacía el cuerpo para realizar la primera inspección ocular y el levantamiento del cadáver. El crimen presuntamente se cometió en una calle de terracería, a la altura de un almacén de Coca-Cola y una cancha de tenis, sitio conocido como Callejón del Andariego. En el expediente se registró la hora de la diligencia: 9:55 de la mañana. Sobre la ruta de la fotografía en redes sociales no se conoce que la policía de Guerrero o la Federal hayan realizado un rastreo o peritaje cibernético. En cuanto a la hora en la que la imagen se subió a redes sociales, da constancia el hermano adolescente de Julio César, Lenin Mondragón, quien, según el testimonio de su tío Cuitláhuac, fue el primero en percatarse de que su hermano estaba muerto, al reconocerlo por su camiseta, su bufanda y sus manos, en la fotografía del muchacho desollado. Era la madrugada cuando el resto de la familia aún tenía la esperanza de que el joven estuviera vivo. (Petrich, 2015)

Referencias

- Al Hussein, Zeid Ra’ad. (2015), “Declaración del Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos, Zeid Ra’ad Al Hussein, con motivo de su visita a México”, 7 de octubre de 2015, en: <http://www.ohchr.org/SP/NewsEvents/Pages/DisplayNews.aspx?NewsID=16578&LangID=S> (consulta: 15. 11.2015)
- Arteaga, A. (2015) “Me preguntaron en el Semefo: ¿está segura que quiere verlo?”, *Milenio*, Viernes 23 de octubre 2014, en: http://www.milenio.com/estados/normalistas_asesinados-matanza_en_Ayotzinapa-Normal_de_Ayotzinapa-policia_Iguala_0_382762094.html (consulta: 15.11.2015)
- Comunicado Antimonumento, (2015) Nuestra aparente rendición, abril 2015, en: <http://nuestraaparenterendicion.com/index.php/biblioteca/colaboraciones/item/2782-comunicado-antimonumento-%2043> (consulta: 15.11.2015)
- Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes (GIEI). (2015) “Informe Ayotzinapa, Investigación y primeras conclusiones de la desaparición y homicidios de los Normalistas de Ayotzinapa”, disponible en: <http://prensagieiayotzi.wix.com/giei-ayotzinapa#!informe-/c1exv> (consulta: 15.11.2015)

- Medina, C. (2009) "Espectralidad materialista", *Teresa Margolles, ¿De qué otra cosa podríamos hablar?*, Madrid, Editorial RM.
- Petrich, B. (2015) "Fauna nociva mutiló el rostro del normalista Mondragón: peritos", *La Jornada*, 26 de junio de 2015 en: <http://www.jornada.unam.mx/2015/06/26/politica/004n1pol?partner=rss>)
- Restrepo, J. (2006) *Cuerpo gramatical. Cuerpo, arte y violencia*, Bogotá, Universidad de los Andes, Fundación Valenzuela y Klenner.
- "RexisteMX" (2014), Timelapse de Acción "Fue el estado" 22 de octubre 2014. <https://www.youtube.com/watch?v=17KKGX9dLH4> (consulta: 15.11.2015)
- Tatián, D. (2007) "Carta enviada a *La Intemperie* por Diego Tatián (abril 2005)", Barco, O., et. al., *No Matar*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.